

27. Retrato y apostolado de Adelaida por Maitre Bellart en su alegato.

En "Arrestos y juicio de Marie-Adélaïde Champion de Cicé, Plaidoirie Maitre Bellart p. 4-5

Adélaïde de Cicé pertenecía a una familia muy piadosa. Ella misma era aún más piadosa. No se trata aquí de debatir la medida del respeto o del favor que merece un culto sobre otro; hablo ante una asamblea de filósofos que no hacen delito de las opiniones de nadie, y que, fieles a los sentimientos expresados por un gobierno tolerante y generoso, encuentran buenos todos los dogmas, siempre que inspiren el horror al mal y el gusto por el bien.

Adélaïde de Cicé, dócil a los principios de su educación, practicó constantemente la religión cristiana y católica. Tenía una imaginación muy tierna; esta imaginación, ampliada por las ideas religiosas, se convirtió en la fuente de una multitud de actos de caridad, que, desde su primera juventud, se complació en honrar con su vida. No actuó, es cierto, por el mero impulso de la moral pura; no fue una benevolencia puramente filosófica la que derramó; pero mitad inspiración de una naturaleza excelente, mitad respeto a las máximas religiosas, que había aprendido a obedecer desde su infancia, no conoció más que un modo de honrar a su Dios, y fue dedicarse a todas las obras de caridad y de benevolencia que manda la filosofía, la cual, por sí sola, no fue siempre bastante feliz para persuadir; lo que la religión, más poderosa, ha obtenido a menudo. No fue sólo con limosnas pecuniarias, una clase de caridad tan fácil de practicar para los ricos; fue con esta limosna más respetable, porque los motivos nunca son equívocos, **con la limosna de su asiduo cuidado, de su tiempo, de su propio trabajo, con los que asistió a los desafortunados.**

Desde los 20 años, rodeada de todas las ilusiones de la fortuna y del crédito, de la grandeza y de los prejuicios, supo superar valientemente todas esas seducciones para acercarse a los pobres, que si no eran sus semejantes en el orden político de la época, eran a sus ojos sus semejantes en el orden de la religión, como lo son a los ojos de todos en el orden de la filosofía. **Derramó sus beneficios sobre ellos; ningún obstáculo le impidió hacer el bien, y no hubo lugar tan humilde donde despreciara descender. Fue en las casas de paja, en los áticos, en los hospitales, en las cárceles, donde fue a buscar y asistir a los desafortunados, donde llevó oro a los indigentes, tiernos cuidados a los enfermos, más preciosos que el propio oro, y consuelo a los afligidos, más dulce que los cuidados.**

Ay, la desgraciada, cuando, sin ningún cálculo personal, recorría tan espontáneamente el círculo de su bondad, estaba lejos de prever que a su vez, en una cárcel, necesitaría una mano consoladora que le tendiera la mano, y que un día invocaría esa piedad que derramaba sobre todos.

No voy a ocultar que proclamo su inocencia como resultado de la profunda estima que me inspiraba: son el resultado de imponentes testimonios de quienes fueron espectadores de la aplicación de sus virtudes.

La distancia del lugar me impidió presentarles en persona a los innumerables testigos que podrían haber declarado.

Tuve que contentarme con las deposiciones registradas en actas públicas que tengo en mi mano y que le serán transmitidas; en actas redactadas bajo la supervisión de las autoridades de Morbihan que todos atestiguan:

"que los encuestados conozcan perfectamente a Adélaïde de Cicé, natural de Rennes, que durante los muchos años que vivió en esta ciudad antes de irse a vivir a París, se dedicó a las buenas obras desde muy joven; ¡que su mayor placer era ir a visitar las cárceles y los hospitales; ir a socorrer a los desgraciados; enseñar oficios a los pobres

niños abandonados; que siempre se había dedicado a aliviar la desgracia; y que empleaba todos, todos sus medios, todos sus recursos! "

Y estos testimonios no fueron dados por algunos de esos hombres ligeros y complacientes cuyos sufragios es fácil captar: se los debemos a las mujeres que desde entonces han sido honradas con la estima del gobierno, autorizadas por él a reunirse de nuevo para dedicarse a los cuidados que su religión les ordena cumplir; a las mujeres que, bajo el nombre de Hermanas de la Caridad, o bajo otros títulos similares, se encargaban del servicio de los diversos hospicios de Rennes. Todos ellos atestiguan que no tuvieron una compañera más asidua en su trabajo, su celo y su caridad que Adélaïde de Cicé.

No voy a leerle otros certificados, que no harían más que confirmar esta verdad; al leerlos, verá que, si hubiera sido posible hacer comparecer a todos los testigos que se ofrecieron a favor de la inocencia de Adélaïde de Cicé, esta sala no habría sido lo suficientemente grande para contenerlos.

Por otra parte, basta con esta información para decir cuáles eran sus ocupaciones favoritas.

En medio de estos honorables cuidados, toda su vida transcurrió en Rennes, el lugar de su nacimiento.

Habiéndose dispersado su familia, como he dicho, concibió a Louis Adrien de Cicé, que vivía en París. Llegó allí a finales de 1791. Muy poco después tuvo la desgracia de perderlo.

Su conducta fue en París lo que fue en Rennes. En París, como en Rennes, llenó su tiempo con las mismas ocupaciones, se dedicó a los mismos cuidados tiernos y piadosos. En París, como en Rennes, buscaba a todos los desafortunados que pudieran necesitar su ayuda y, siempre en París como en Rennes, estaba dispuesta a ofrecerla.

Esta misma mañana, ciudadanos del jurado, habéis escuchado a los testigos que han venido a dar fe de ello. Algunos de ellos incluso le dijeron que estaban obligados personalmente a Adélaïde de Cicé. No podías olvidar este testimonio, importante por su ingenuidad, importante por su veracidad, importante aún por las minúsculas circunstancias que te reveló; porque son estas pequeñas circunstancias las que revelan el secreto de los caracteres. Quiero hablar de esta buena mujer del Faubourg St Marceau, que, en su sencillez, le contó que, atormentada durante mucho tiempo por un repugnante y peligroso dolor de brazo, le señalaron a Adélaïde de Cicé. Se le "dijo", en el Faubourg St Marceau, Adélaïde de Cicé... Esta sola palabra le dice cuáles eran las costumbres de Adélaïde de Cicé, y hasta dónde llegaban sus actos de caridad, ya que su reputación en este sentido había llegado a esta pobre paciente.

Esta mujer se presenta así ante ella; es acogida -por usar su ingenua expresión- como si la conociera. Recibió ayuda de todo tipo, en vendas, en ropa de cama que no tenía, en medicamentos. Contenta con tal ayuda, la pobre mujer se propuso volver al día siguiente para buscar el mismo alivio. No habrá olvidado la conmovedora respuesta de Adélaïde de Cicé, una respuesta nacida de un verdadero sentido de la igualdad: Adélaïde de Cicé le advirtió que su estado requería que no fuera a ninguna parte, y le dijo que ella misma iría a vestirla. Fue al día siguiente, fue todos los días durante dos meses, y a veces el mismo día incluía tres visitas.

Así, como se puede ver, todo lo que había hecho en Rennes, lo siguió haciendo en París. Además, y en los momentos más tormentosos, varios testigos os han dicho que **se sometió con perfecta resignación a los diferentes modos de gobierno que se sucedieron.**

28. Descripción de la Sociedad HCM en sus inicios

En "Arrestos y juicio de Marie-Adélaïde Champion de Cicé
Alegato del Maitre Bellart p.9-10

La institución de las Hijas de la Caridad había sido destruida, no por el espíritu de libertad, pues el espíritu de libertad respeta todo lo bueno, sin dejarse llevar por vanas declamaciones, sino por el espíritu de exageración. Estos piadosos reclusos que se hicieron tan útiles a la tierra, para conquistar el Cielo, habían sido expulsados de su retiro; las huellas de su existencia se perderían, su espíritu acabaría por extinguirse. Gracias a quienes, al menos una vez, honraron las opiniones religiosas dejándose convencer por ellas para preservar este tipo de fuego sagrado; ¡A los que, anticipándose a las intenciones paternas del gobierno, le proporcionaron los medios de recuperar este elemento de caridad casi perdido, y que, conservando el principio de esta feliz institución religiosa y filosófica, pudieron, con la voz poderosa de ese genio que manda reproducir todo lo que es verdaderamente liberal y generoso, devolver a la debilidad y a la desgracia sus más sensibles protectores!

¡Bueno! Jurados, si queréis saber quién ha cometido este gran crimen, tenéis ante vosotros a uno de los principales culpables. Mientras las Hermanas de la Caridad eran perseguidas, mientras su retiro era cerrado, mientras una mano bárbara venía a apoderarse de ellas para condenarlas a una inacción perjudicial para la sociedad, ¿quién llenaba su generoso cuidado? ¿Quién mantuvo sus principios? ¿Quién se ocupaba de los piadosos y tiernos cuidados a los que se entregaban estas niñas, distinguidas por su filantropía religiosa? ¿Quién sustituyó a sus fieles pero fugitivos guardias entre los enfermos y heridos? Era Adélaïde de Cicé. Sola, no podría haber sido suficiente para una tarea tan grande e importante. Fue (ella)(l) quien escribió a las mujeres afines, dispuestas a honrarse con una devoción similar; fue ella quien, a falta de la verdadera sociedad de la caridad, había hecho todo lo posible para suceder a sus deberes y recoger este patrimonio de caridad activa que la filosofía no tenía prisa por heredar. **Fue ella la que formó, en sustitución de esta sociedad, una congregación o cofradía, que no distinguía ningún signo externo; porque las leyes lo prohibían, y ella quería obedecer las leyes. Adélaïde de Cicé, en una palabra, salvó del hundimiento, lo sustancial de la institución.** Al igual que las Hermanas de la Caridad, difundió la ayuda temPerdonemos, ¡Ah! perdonemos este exceso de solicitud por parte de estos piadosos asociados, que, en las cárceles y en los hospicios, iban a socorrer a los viejos y a los enfermos; ya que la caridad sola no sabía penetrar en estos asilos del dolor, no nos quejemos demasiado de que la religión condujera allí a la caridad, y no nos sorprendamos de verlos allí juntos. Sí, ciudadanos del jurado, encontrarán muchos delitos de esta naturaleza en las cartas incautadas a Adélaïde de Cicé. Yo mismo le denuncié una correspondencia mantenida no con los chuanos, ni con los emigrados rebeldes, (no son tales conspiraciones las que les ocupan); sino **con algunas mujeres que arden, como ella, en ese sagrado amor a la humanidad; con algunas mujeres que obedecían, como ella, esas santas leyes de la bondad universal,** y que, todas unidas por formas religiosas, e incluso, si se quiere, por una promesa interior que tenía por objeto consagrar su devoción, actuaron conjuntamente con Adélaïde de Cicé, en un Espíritu Común, recibieron sus instrucciones, para extenderse por todos los puntos de Francia donde estaban dispersas, (permítanme hablar su idioma) las obras de misericordia, a las que las Hermanas de la Caridad estaban esencialmente ligadas.

Cuando las ideas religiosas no inspiran otra cosa que una conducta de ternura, de beneficencia hacia todos, de acudir en ayuda de todos los semejantes, de prestar asistencia a los desgraciados que la necesitan, eso ya no es fanatismo, eso es piedad, esas son las opiniones que hay que honrar.

El filósofo puede juzgar todos los cultos, pero el filósofo admirará a todos aquellos que

dirijan a sus "seguidores" hacia este objetivo social.

Tal era la meta hacia la que caminaba Adelaida de Cicé.

Por último, encontrará en esta correspondencia gran parte de esta preocupación, de esta agitación verdaderamente religiosa, para enviar ayuda a aquellos cuyo estado lo requiere; para transmitir a las jóvenes las lecciones de piedad y moralidad que puedan necesitar.

Esto es lo que compone la correspondencia del interior; no se la voy a leer. El comisario del gobierno le invitó a leerlo; yo también le invito a hacerlo; esta atención bastará para completar la justificación de Adélaïde de Cicé. (¡Proceso de beatificación, se ha dicho!)

Adélaïde de Cicé se había entregado a estos cuidados bajo todas las formas de gobierno, incluso en una época en la que, por haber hecho de ello un crimen, tuvo que rodearse de algunas discreciones. Pronto pudo entregarse con más libertad a estas suaves ocupaciones, a las que se había acostumbrado tanto. Por fin, para felicidad de Francia, había surgido un nuevo gobierno. Tan pronto como apareció, inspiró confianza e inspiró amor.